

INTRODUCCIÓN

AL CONGRESO²

Muy queridos hermanos Abades, Priors, ilustres invitados: *Llegue a ustedes la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo (Ef 1,2)*.

Estoy feliz de saludarlos con estas palabras del apóstol Pablo, contento de volver a encontrarnos juntos, una vez más, para afianzar los vínculos de nuestra comunión y compartir temas, problemas y perspectivas de la vida monástica para nuestro futuro y para el futuro de la Iglesia toda.

Permítanme que desarrolle esta tarea de introducción al Congreso sirviéndome del ícono bíblico de los dos peregrinos de Emaús (*Lc 24,13-35*). Se trata sólo de una grilla de lectura, sin ninguna pretensión exegética. El recurso al imaginario bíblico simbólico, más que a ajustados razonamientos, puede ayudarnos en la indicación de recorridos que aunque apenas esbozados, nos dejen no obstante el deseo de posteriores ahondamientos o sugerencias útiles para nuestra vida.

1. La “metáfora” del camino

El episodio, como sabemos, se abre con la metáfora del camino, que aparece al comienzo y se reitera en la mitad y en el final del relato, mudando empero de signo: de la ambivalencia inicial –quizás se trata de una “fuga” llena de desilusión después del “fracaso” de la cruz–, pasa a indicar el camino que no es otra cosa que el conversar con Jesús, que los lleva a ponerse nuevamente en camino llenos de entusiasmo y de júbilo para testimoniar a los Once el encuentro con el Resucitado.

¹ Giuseppe Casetta, osb, es Abad General de la Congregación Vallombrosiana.

² Conferencia inicial del Congreso de Abades de la Confederación Benedictina, setiembre del 2012, Roma.

Detengámonos en el primer momento.

Nosotros nos volvemos a encontrar aquí en Roma, en San Anselmo, lo que no puede ser para nosotros una “fuga” evidentemente, ni tampoco un paréntesis en nuestra vida cotidiana. El haber acogido esta invitación es para un camino que hace que volvamos a encontrarnos juntos, como monjes pertenecientes a la Confederación Benedictina. Existir es encontrar y ser encontrados: ésta es la estructura antropológica en la cual Dios pasa en el tiempo y en el espacio atrayéndonos hacia Sí y haciéndonos partícipes de su misión. Es una gran ocasión la que se abre hoy delante de nosotros, porque sólo en este contexto, que se repite cada cuatro años, hacemos experiencia “juntos” de la “catolicidad” del monacato benedictino, que no es el menosprecio o superación de lo particular, sino su verdadera valorización en la complejidad y multiplicidad de los significados.

Con ocasión del 50º aniversario del inicio del Concilio Vaticano II, también queremos hacer referencia a la importancia insuperable de ese acontecimiento. Creo que el criterio sugerido por Benedicto XVI en el famoso discurso del 22 de diciembre del 2005 es un punto de referencia precioso para evitar tanto la abstracta idealización de lo que es un proceso histórico complejo y todavía en acto, como también la aversión ideológica al mismo.

La hermenéutica de la reforma y de la renovación en la continuidad nos da a todos un criterio que puede ayudar a una confrontación fecunda, moderando extremismos de tendencia opuesta. La continuidad de la tradición vuelve a pedir a cada una de nuestras comunidades y a la congregación un compromiso serio. Como hacía notar de manera provocativa K. Rahner, si nos limitamos a repetir algo, quiere decir que no lo hemos comprendido. Ya no es más tiempo de arreglos; es preciso tener el coraje de cambios a veces dolorosos pero necesarios. No podemos contentarnos con reproducir automáticamente fotocopias. Nuestra fe no tiene nada que temer en un compromiso serio, porque tenemos un rico depósito y un Dios increíblemente creativo, porque –como hacía notar de modo provocativo el historiador y académico estadounidense Jaroslav Jan Pelikan–, la tradición es la fe viva de los muertos; el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos.

Los grandes temas de la modernidad, como por ejemplo la libertad, la laicidad, el mundo, la historia, han entrado con pleno derecho en los textos conciliares no sólo gracias a la contribución de los grandes teólogos, los así llamados peritos, sino también gracias al movimiento litúrgico, bíblico, ecuménico, que ha visto como protagonistas a algunos de nuestros hermanos monjes y abades, algunos vinculados con el Ateneo de San Anselmo, que desearíamos en esta sede recordar con profunda gratitud por lo que han dado a la Iglesia.

Las diferencias están llamadas a interactuar: también a nivel eclesial “totalidad” de la Iglesia y “particularidad” de sus autorrealizaciones están puestas juntas. Es la conciencia del “todo en el fragmento” (Balthasar), en la

que el fragmento es tomado en toda su seriedad como “lugar teológico”, como tantas veces nos recordaba a nosotros estudiantes, el llorado Magnus Löhrer y, antes que él, Cipriano Vagaggini. Teniendo como fondo el Vaticano II, en estos días será muy importante ponerse a la escucha de las diferencias que nos caracterizan, y esto quiere decir reconocerse parte de una historia más grande que nosotros, hecha del misterioso entrelazamiento de gracia y de libertad, de pecado y de perdón, una historia que nos ha alcanzado, que pasa a través de nuestra carne y sangre y que está llamada a ir más adelante. Debemos hacerlo atentos a la lección que nos llega del texto de Lucas: los dos discípulos *en el camino hablaban sobre todo lo que había ocurrido* (Lc 24,14). Es un conversar que se extiende “sobre todo”, pero sin alcanzar la palabra decisiva. Es un narrar que parece conocer con pelos y señales todo lo que había ocurrido, pero sin reconocer la llave que la memoria no podía abrir. En italiano diríamos: “È un parlarsi addosso”.

La pregunta de Jesús a los dos peregrinos contiene un verbo que expresa el estado de ánimo de ellos mejor que cualquier otra descripción: “¿De qué discuten entre ustedes mientras van andando?”. El verbo griego *antiballos* significa “lanzarse contra”, “rebatir”, y es significativo que Lucas lo utilice para describir una situación de división que no se manifestaba sólo en su distancia respecto de la comunidad y de la comprensión de los acontecimientos de la salvación, sino también en la relación recíproca. La importancia de la palabra, la dinámica del diálogo, la escucha recíproca... El filósofo francés Merleau-Ponty distingue entre las “palabras habladas”, que crean cháchara inconsistente y las “palabras hablantes”, que generan reflexión, discusión, intercambio. Nuestro Congreso es una ocasión que no hay que perder para ¡reencontrar el gusto y el peso de la palabra hablante! Se trata de una palabra dialógica que pone en movimiento hacia los que tienen otras culturas y proyectos de vida, hacia las preocupaciones, las esperanzas y las fatigas de otros, descentrándonos de nosotros mismos para poder dirigir principalmente nuestra atención hacia la vida y la realidad de todos. Y al hacer así, paradójicamente, nos “centramos” mucho más en el designio de Dios, nos introducimos en los “asuntos del Padre” (cf. Lc 2,49). Un diálogo sincero presupone atención a la realidad, análisis, reflexión, no se puede llevar adelante sin gran humildad, sin reconocer que ninguna comunidad, ninguna Congregación, pequeña o grande, es detentadora de primados presuntos o adquiridos, sino que todos debemos reconocer nuestros límites y volvernos sensibles a las demandas y a los comportamientos de los otros. No nos interesa hacer crecer nuestro ámbito de poder o de influencia, sino caminar jun-

³ En castellano diríamos: “Es una charla por encima, superficial” (N.d.T).

tos hacia la realización del Reino de Dios, con el Evangelio de Dios y la *Regla* de nuestro Padre san Benito. Puedo equivocarme en el análisis, pero tengo la impresión de que hoy está cada vez más castigada la comunicación interpersonal: encontramos cada vez más los “conectados por internet” y menos personas que sepan comunicar. No faltarán las ocasiones propicias: los grupos de trabajo, organizados en 6 círculos (A – F) que abarcan todo el arco del Congreso, nos permitirán profundizar temáticas de relevante interés para nuestro presente y para el futuro de nuestra Confederación, en un intercambio sincero que pronosticamos muy prometedor. Al respecto me parece significativo lo que sucede a los dos peregrinos de Emaús. Cristo les pide que juzguen la calidad de su vista: *Algo impedía que sus ojos lo reconocieran* (Lc 24,16), y de su obrar: *Ellos se detuvieron con el semblante triste* (Lc 24,17). Estos días de Congreso son una ocasión propicia para hacer un alto que nos haga medir bien la calidad de nuestras esperas, de nuestros deseos y de nuestras esperanzas. *Nosotros esperábamos que fuese él...* (Lc 24,21a) es una de aquellas frases que pesa como una mole: una esperanza puesta en el pasado es el “ocaso” de la esperanza, es la interrupción del deseo, que ya no se arriesga más a hacer espacio a la libertad que no cesa de buscar: ya no concede más tiempo a la intervención de Dios.

Estoy seguro de que las ponencias mayores que escucharemos esta tarde (*Continuidad y adaptabilidad* del Prof. Hoschschild) y mañana (*La autonomía*, del P. Casey) nos provocarán también en el plano de la calidad de nuestra esperanza, que no puede ser sólo el... ¡futuro de nuestro pasado! “Arriesgar en la esperanza” puede ser en verdad el recorrido “postmoderno” hacia la santidad, ¡también para los monjes!

En este contexto deberíamos preguntarnos si estamos viviendo la “crisis” (palabra ambigua pero al mismo tiempo llena de posibilidades), crisis que atraviesa también a nuestras comunidades monásticas, con una mirada concentrada sólo sobre nosotros mismos, sobre nuestras estructuras, sobre nuestros temores, sobre el número de nuestros candidatos, sobre el futuro de nuestras economías, asumiendo sólo la lógica del marketing. O si, en cambio, nos confiamos a la Palabra de Dios que nos sugiere caminos diversos (cf. *Rm* 5,3; *Rm* 8,18; *2 Co* 1,3-4; *Hb* 12,6), ante un futuro que avanza impetuosamente y deja sobre el tapete muertos y heridos. Una “debilidad” (*2 Co* 12,10) en la cual se hace presente la fuerza de Dios. Es un poco como una travesía en el desierto, un éxodo en el cual algo muere, ciertamente, pero al mismo tiempo algo renace en la continuidad que desde san Benito llega hasta nosotros hoy. Me parecen sumamente actuales, a propósito de esto, las reflexiones de D. Bonhoeffer antes de su martirio: “Nuestra Iglesia, que en estos años ha luchado sólo por la propia supervivencia, casi como si ese fuera su propio fin, es incapaz de hacerse portadora de su Palabra de reconciliación y de redención para los hombres y para el mundo. Y es por eso que las palabras antiguas se

debilitan y enmudecen y nuestro ser cristianos se reduce hoy a dos cosas: rezar y obrar entre los hombres según la justicia. Todo pensamiento, palabra, organización en los asuntos del cristianismo deberá renacer de esta plegaria y de esta acción”. (*Resistenza e resa. Lettere e scritti dal carcere*, p. 165).

2. De la crónica a la historia. Palabra y Eucaristía

Después de escuchar la “crónica” de los hechos de parte de los dos discípulos, Jesús se hace cargo de la situación y comienza a leer la “crónica” a la luz de la Escritura, haciéndola devenir Historia de Salvación. La provocación es clara: la Escritura ayuda a comprender, ayuda a eliminar superestructuras y encostraduras... porque va más allá de la forma. La Palabra ayuda a leer lo que vivimos cada día como crónica, con los ojos de Dios, con una mirada de fe. La historia que “comenzando por Moisés, y continuando con todos los profetas” (Lc 24,27) llega hasta Él, debe ser siempre re-andada, debe recomenzar siempre desde arriba. En esa Palabra nosotros encontramos el mapa con las indicaciones, el camino con las señales, las dudas, las preguntas, las desviaciones, las heridas y los restablecimientos, pero también la “guía” para no perderse.

El Congreso es una ocasión para ayudarnos a dar cada vez más espacio a la centralidad de la Palabra y de la Eucaristía en el interior de nuestras Comunidades y Congregaciones. Ahora permítanme un llamado: ayudémosnos en los pocos días que tenemos por delante a encontrar la “Historia” dentro de nuestras “crónicas”, porque –como afirmaba K. Barth– “la Palabra de Dios no está constituida enteramente por los justos pensamientos de los hombres sobre Dios, sino por los justos pensamientos de Dios sobre los hombres. En la Biblia no se dice cómo debemos hablar a Dios, sino qué cosa Él nos dice a nosotros; no cómo nosotros encontramos el camino para llegar hasta Él, sino cómo Él ha buscado y encontrado el camino para llegar a nosotros; no el modo justo con el que debemos referirnos a Él, sino la alianza que Él ha estrechado con todos los hijos de Abrahán en la fe, y sellado definitivamente en Jesucristo” (*Das Wort Gottes und die Theologie*, p. 28).

En estos días celebramos la Eucaristía juntos. Tampoco esto debe ser sólo un encuentro programado en el calendario. La expresión evangélica “hizo ademán de seguir adelante” (Lc 24,28b), nos provoca: es como si se abriese el espacio para introducir “nuestro puesto”, el momento de la hospitalidad, en el que hacer espacio a la presencia de Jesús en el signo de la Palabra que él interpreta y del pan que es donado. Y es justamente dentro de esta invocación: “quédate con nosotros” (Lc 24,29), como nos descubrimos ya hospedados desde el comienzo por la voluntad de Dios, que quiere hacer su morada junto a nosotros. La hospitalidad se convierte en compartir la mesa, en comensalidad: nosotros lo invitamos pero es Él quien preside la cena, es

Él quien está en medio de nosotros *como el que sirve* (Lc 22,27). Entonces nuestra eucaristía deviene “escuela del servicio” (RB, Prol. 45), y el que encabeza la comunidad como abad o como prior, comparte con todos los demás las bellezas (acaso pocas) y las fatigas (acaso tantas) del servicio abacial.

El Congreso tiene –entre otros– el objetivo de elegir al Abad Primado de nuestra Confederación que –como refiere el n° 42 de la *Lex Propria*– “es el gestor, el curador, el ejecutor de todo lo concerniente a la Confederación. Debe vigilar atentamente a fin de que todo lo concerniente a la auténtica tradición benedictina y a su patrimonio espiritual y científico, sea desarrollado y salvaguardado”. Debemos hacer constar al P. Abad Primado Notker que su servicio en estos años ha caminado justamente en esta dirección, con una dedicación humana y organizativa sobre todo desde el punto de vista económico, difícilmente igualable, no sólo en todo lo concerniente a San Anselmo, sino también en lo concerniente a toda la Confederación, llevando por todo el mundo, a través de su presencia y sus conferencias, la vitalidad, el entusiasmo y la potencialidad de la vida benedictina no sólo para los monasterios sino también para la sociedad civil. Al formar parte del Consejo del Abad Primado, he tenido la posibilidad de palpar en estos dos últimos años, cuán importante es este servicio para la Confederación, el Ateneo y el Colegio de San Anselmo.

Permítanme agregar unas sencillas palabras sobre el Ateneo de San Anselmo, antes de escuchar –como está programado– conferencias mucho más substanciosas y puntuales. Aun sabiendo que el Congreso de Abades no existe en función sólo del Ateneo y del Colegio de San Anselmo (es un lugar común que andarían desacreditados o por lo menos relativizados); debemos reflexionar seriamente sobre nuestra presencia en Roma como monjes benedictinos: no podemos permitir que se debilite o disminuya –en esta ciudad– la contribución de una tradición de estudio y de enseñanza que se ha vuelto significativa en todo el mundo. Los Obispos en el ya lejano Sínodo sobre la vida consagrada (1994) varias veces lo han remarcado –en mi opinión con grave atraso–: “*De re nostra agitur!*”⁴. Sería muy hermoso, pero sobre todo útil, sentir la misma expresión en boca de todos los abades y priores que están reunidos, pero esta vez... sin dilaciones.

3. El retorno testimonial

El martes 25 de septiembre será la conclusión del Congreso.
Creo que el ícono de los discípulos de Emaús tiene mucho para ense-

⁴ “Reflexionemos sobre lo nuestro!” [lit.: “Se trata de nuestras cosas!”] (N.d.R.)

ñarnos también sobre el regreso a nuestras comunidades, cuando el evento del Congreso haya terminado. El evangelista Lucas connota el regreso de los dos peregrinos con los rasgos de los evangelizadores de la primera hora: María, los pastores, los pobres, los discípulos de la iglesia desde los orígenes. Es el caminar, el volver a partir de quien ha reconocido y de quien ha encontrado; es el lanzamiento incontenible, sin demora, propio de quien ha tenido la experiencia del Resucitado. Por eso los discípulos “*se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos*” (Lc 24,33). Éste ha sido siempre el verdadero camino de la evangelización: no podemos pensar la verdadera identidad del discípulo llamado a dar testimonio del encuentro con el Señor resucitado como la de un enviado en nombre propio, ya que siempre es expresión de la comunidad.

Dentro de pocos días se abrirá el Sínodo de los Obispos que tendrá como tema “*La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*”. Es interesante notar la poca importancia dada a la vida consagrada en los *Lineamenta* sinodales, al punto de que las observaciones críticas expresas de gran parte, han impelido a volver a transcribir las pocas líneas reservadas a la vida consagrada que se encontraban en los *Lineamenta*, dando relieve esta vez de manera clara también a la vida monástica. En el *Instrumentum laboris* se dice, en efecto, en el n° 114: “En este marco se reconoce también el precioso sostén a la nueva evangelización que llega de la vida contemplativa, sobre todo de los monasterios. La relación entre monacato, contemplación y evangelización, como demuestra la historia, es sólida y portadora de frutos. Esa experiencia es el corazón de la vida de la Iglesia, que mantiene viva la esencia del Evangelio, el primado de la fe, la celebración de la liturgia, dando un sentido al silencio y a toda otra actividad para la gloria de Dios”. Debemos dar gracias a la Santa Sede por la invitación hecha a nuestro Rector Mayor, P. Juan Javier Flores Arcas, a participar en calidad de experto en la elaboración de los documentos sinodales. Pero permítanme que exponga a este Congreso una pregunta: ¿será posible para el futuro —en esta sede o en alguna otra— elaborar una estrategia para poder estar más presentes en las sedes institucionales donde se elaboran los proyectos eclesiales, y hacer sentir que el mundo monástico, la Confederación benedictina, tiene de verdad algo que decir sobre temáticas esenciales de la vida de la Iglesia y de la sociedad? ¿Qué sentido tiene afirmar que “la experiencia monástica es el corazón de la vida de la Iglesia, que mantiene viva la esencia del Evangelio, el primado de la fe, la celebración de la liturgia”, si después no es ninguno de nosotros quien testimonia esa experiencia en sus matices concretos de vida, allí donde se elaboran proyectos eclesiales para la vida de toda la Iglesia? Creo que uno de los objetivos del Congreso debe ser también el de hacernos salir de una autarquía extremadamente peligrosa, porque más que enriquecernos, nos empobrece. Seamos autónomos para ser “interdependientes”. Hablemos de

Congregaciones, hablemos de comunidades, pero –por favor– no en una línea autorreferencial e introvertida.

Conclusión

Al dar gracias de corazón a todos los que han gastado tiempo y fatiga para preparar este Congreso, deseo a todos ustedes que estos días puedan ser fecundos en una confrontación serena–aunque dialéctica–, entre posiciones y culturas diversas, pero en función de llevar a nuestras comunidades los resultados de un “con-venir” marcado por la experiencia de Dios y la comunión entre nosotros, como monjes de una Confederación que no es una “*fic-tio iuris*”⁵ sino un organismo vivo que debe crecer y dar fruto.

¡Gracias por la escucha, y buen trabajo para todos!

*Monastero di S. Prassede
Via S. Prassede, 9- a
I-00184 Roma
ITALIA*